
MIRA
SUSAN WIGGS
Al CALOR del FUEGO

SUSAN WIGGS

Al CALOR del FUEGO



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Susan Wiggs. Todos los derechos reservados.
AL CALOR DEL FUEGO, Nº 253 - julio 2010
Título original: Fireside
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8822-6
Editor responsable: Luis Pugni
Imagen de cubierta:
Paisaje: SNEHITDESING/DREAMSTIME.COM

1

Aeropuerto La Guardia
Terminal C
Puerta 21

Las gafas oscuras no servían para pasar desapercibida. Cuando la gente veía a alguien con gafas oscuras en un día nublado de invierno, rápidamente asumían que su portadora había estado bebiendo, llorando o librando una pelea.

O todo eso a la vez.

En cualquier otra circunstancia, Kimberly van Dorn disfrutaba siendo el centro de atención. La noche anterior se había puesto un vestido de alta costura con una escandalosa raja en el costado con la única intención de atraer las miradas. No sospechaba cómo acabaría la velada.

Ahora, al final de un largo vuelo nocturno, se ajustó las gafas oscuras sobre sus ojos enrojecidos mientras el avión tomaba tierra. Nunca volaba en clase turista, pero todas las plazas en primera se habían ocupado, la compañía aérea primaba el ahorro sobre la comodidad,

y Kimberly se encontró en el asiento 29-E, en medio del avión, encasquetada entre desconocidos. A veces la necesidad de huir era más poderosa que la necesidad de estirar las piernas, aunque sus agarrotadas piernas no estuvieran de acuerdo con dicha prioridad. ¿Quién demonios había diseñado la clase turista de los aviones? Estaba convencida de que la oreja de su compañero de viaje le había dejado una marca en el hombro. Después de su cuarta cerveza, el borracho había empezado a dar cabezadas hasta quedarse dormido sobre ella. ¿Qué podía ser más desagradable que un bebedor que apestaba a cerveza y que roncaba como un animal?, pensó Kimberly con repugnancia mientras intentaba sacudirse los horribles recuerdos del vuelo transcontinental. Pero los recuerdos persistían con la misma insistencia que el calambre de las piernas. En el asiento de la izquierda viajaba un caballero de avanzada edad que no había dejado de hablar sobre sus problemas de insomnio y de bursitis. De su yerno, de su predilección por las patatas fritas y de lo poco que le gustaba la película de Jude Law que emitieron durante el vuelo, y que Kimberly había fingido ver con la esperanza de que se callara.

A nadie debería de extrañarle que nunca viajara en clase turista. Y sin embargo, la pesadilla aérea no era lo peor que le había ocurrido últimamente. Ni mucho menos.

Se levantó con dificultad y esperó a que desembarcaran las veintiocho filas que tenía por delante. El proceso parecía insufriblemente lento, y los pasajeros lo alargaban hasta la desesperación mientras recogían sus bolsas de los compartimentos superiores y hablaban por sus teléfonos móviles.

Kim sacó su móvil y colocó el pulgar sobre el botón de encendido. Debería llamar a su madre para decirle que iba a casa. Pero no ahora, decidió mientras

volvía a guardar el móvil. Estaba demasiado cansada e irritada para hablar con nadie. Y además, el móvil tenía uno de esos dispositivos de rastreo. No le apetecía que le siguieran el rastro.

No había necesidad de darse prisa, ahora que había llegado. De hecho, ni siquiera estaba preparada para enfrentarse a una gélida mañana de Nueva York. Ignoró las miradas de los otros pasajeros e intentó adoptar una aptitud resuelta y despreocupada, como si viajar con un vestido de noche fuese algo normal en ella, o como si la compañía aérea hubiera perdido su equipaje.

Avanzó lentamente por el pasillo, dejando un reguero de lentejuelas a su paso. Por algo aquel tipo de ropa se diseñaba como trajes de noche. El vestido de seda *charmeuse* con lentejuelas incrustadas estaba pensado para una cena romántica con velas o un paseo por un cálido jardín del sur de California, no para lucirlo un sábado por la mañana.

Era curioso cómo un carísimo vestido de Rodeo Drive podía parecer tan vulgar y ordinario a la luz del día. Sobre todo con un corte en el costado, piernas desnudas y zapatos *peep-toe* con tacón de aguja. Por la noche todo su aspecto rezumaba clase y elegancia. Ahora, más bien parecía una prostituta. No era extraño que atrajese tantas miradas.

Pero la noche anterior, en mitad de todo, Kim no había pensado ni por un instante en la mañana siguiente. Sólo había pensado en huir. Parecía haber pasado una eternidad desde que se vistió y acicaló con tanto esmero, esperanza y entusiasmo. Lloyd Johnson, estrella de los Ángeles Lakers y el cliente más alto de la empresa de Relaciones Públicas para la que trabajaba Kimberly, estaba en la cúspide de su carrera. Y, lo que era más importante para Kimberly, había encontrado la casa de sus sueños en Manhattan Beach.

Allí pensaban vivir juntos. Se suponía que iba a ser la noche de Kimberly, su momento triunfal, tal vez incluso el punto de inflexión de su vida, si Lloyd se hubiera decidido a formular la pregunta.

Y sí había sido un punto de inflexión, pero no de la manera que ella había previsto. Kimberly se había volcado por entero en su carrera como representante de deportistas. Y de la noche a la mañana lo había perdido todo. Era como Jerry Maguire, pero sin final feliz.

Llegó finalmente a la salida y les murmuró un agradecimiento a las azafatas. Ellas no tenían la culpa de que el vuelo hubiera sido espantoso, y también se habían pasado despiertas toda la noche.

Nada más poner un pie en la rampa de acceso a la terminal, las puertas de seguridad se abrieron y un hombre con mono y auriculares entró acompañado de una ráfaga de viento helado. El aire invernal golpeó a Kimberly como un puño de hielo a través del fino vestido de seda y se extendió sobre sus piernas desnudas. Kimberly soltó una exclamación y aferró con una mano la única prenda de abrigo que tenía, un chal con flecos que le cubría los hombros desnudos, mientras con la otra asía fuertemente el bolso de noche con joyas incrustadas. Santo Dios... Había olvidado el frío de la Costa Este, sin parangón en la soleada California. Intentó sujetarse su larga melena rojiza, pero era demasiado tarde. El aire le alborotó sus ya despeinados cabellos, y además estaba segura de haber perdido un pendiente. Magnífico.

Mantuvo la cabeza alta y salió a la terminal con paso firme y tranquilo, aunque su cuerpo estaba al borde del colapso. Los zapatos Louboutins de suela roja y tacón de ocho centímetros, que tan glamurosamente le habían combinado con el vestido, se habían convertido en un instrumento de tortura. Maldijo en silencio su calzado y atuendo y buscó con la mirada algún comer-

cio donde poder comprar algo de ropa. Necesitaba algo más cómodo y práctico para la última etapa de su viaje a Avalon, en las montañas Catskills, donde vivía su madre. La noche anterior no había tenido tiempo de pensar en lo que hacía, y mucho menos de preparar el equipaje.

Horrorizada, comprobó que todas las tiendas del aeropuerto aún estaban cerradas. Nunca en su vida había deseado con tanto anhelo un par de chancletas y una camiseta con el logo *I Love New York* que se veían en los escaparates. No le quedó más remedio que caminar por el interminable vestíbulo de la terminal con aquellos tacones mortales, pasando junto a las familias bien abrigadas que iban a pasar el fin de semana en las montañas. Fingió que no advertía las miradas curiosas ni los comentarios susurrados tras las manos enguantadas. Normalmente, las opiniones ajenas eran su principal motivo de inquietud, pero no aquel día. Estaba demasiado cansada para preocuparse por lo que pudieran decir de ella.

Frente a ella vio a un hombre, apoyado contra la pared, mirándola. No era el único que la miraba, ni mucho menos. Al fin y al cabo, iba vestida como si se hubiera escapado de una convención de chicas Hooters. El hombre medía casi dos metros, tenía el pelo largo y rubio, y llevaba unos pantalones militares y un anorak del ejército con el cuello de piel.

Kim se recriminó a sí misma por no ser capaz de ignorarlo. Los hombres eran su perdición y ya debería haber aprendido a evitarlos. Entonces vio con horror que el hombre se apartaba de la pared y avanzaba hacia ella. Kim nunca había sido una gran aficionada a la literatura, pero se le vino a la cabeza una famosa frase de Dorothy Parker: «¿Qué nuevo infierno será éste?».

Con toda la rapidez que le permitían sus finos tacones, buscó la salvación de la cinta transportadora como

si fuera una alfombra mágica que pudiera dejar atrás sus problemas. Pero tampoco allí encontraría la salvación. Al pisar la cinta, uno de sus tacones se hundió entre las ranuras de la superficie deslizante. Kim apretó los dientes y tiró del pie para intentar soltarse, y al hacerlo se le hundió el otro tacón en otro surco.

Y justo cuando pensaba que el día no podía empeorar más, todo empeoró.

2

Bo Crutcher observó a la pelirroja con tacones en la puerta de la terminal. Había llegado en un vuelo nocturno procedente de Los Ángeles. Él estaba esperando otro vuelo nocturno, procedente de Houston, pero el letrero sobre la puerta indicaba que llevaba retraso.

La pelirroja de Los Ángeles era su tipo de mujer. Alta, delgada, exuberante melena, grandes pechos y ropa provocativa. Lo estaba mirando con una expresión asesina, pero Bo tenía una larga espera por delante y cualquier distracción era bienvenida. Aquella mujer lo hacía pensar en sus cosas favoritas: chupitos de tequila, jazz de Stanley Clarke y un lanzamiento con efecto que ningún bateador podría batear. Tenía un trasero perfecto y un rostro que relucía como la diosa de una pintura del Renacimiento.

No debería estar comiéndosela con los ojos, pero una mujer así era difícil de ignorar. La examinó como un amante del arte examinaría la Venus de Botticelli. Bo nunca había entendido cómo un pintor podía concentrarse en el lienzo cuando estaba ante una modelo desnuda.

La pelirroja se lanzó hacia la cinta transportadora, como si hubiera leído sus indecentes pensamientos, y Bo tuvo que recordar cuál era su propósito. No era así cómo había planeado pasar el fin de semana. Debería estar en casa, durmiendo a pierna suelta tras una noche gloriosa en el bar Hilltop Tavern. Torres se enfrentaba a Bledsoe en el partido del año y Bo había desembolsado mil pavos para tener televisión por cable en el local. Había previsto una noche en vela, sirviendo una cerveza tras otra a los clientes y amigos, animando al equipo perdedor en la inmensa pantalla de plasma que había instalado en el bar y que había desatado la ira de su jefa, Maggie Lynn. Una noche ideal, se mirara por donde se mirara.

Salvo que nada había salido como estaba previsto. Todos sus planes se fueron al garete cuando comprobó su buzón de voz y se encontró con el mensaje más inesperado de su vida. En aquel momento se vio obligado a dejarlo todo y conducir a toda velocidad desde Avalon, en las montañas Catskills, hasta el aeropuerto La Guardia, en Nueva York, para esperar el vuelo de Houston.

De pie junto a la puerta 22-C de la terminal, sentía como el pánico lo invadía por momentos. Y aún le quedaba otra media hora de angustiosa espera. Miró a su alrededor y volvió a fijarse en la pelirroja, quien parecía estar teniendo problemas con sus zapatos en el pasillo mecánico. Estaba inclinada hacia delante, intentando desatarse las correas.

Se dio cuenta de que estaba atrapada y corrió hacia ella.

—Parece que le hace falta ayuda, señorita.

Ella siguió peleándose con las correas del zapato. Al parecer se le habían quedado enganchados los dos tacones. Bo buscó rápidamente algún interruptor de emergencia, y al no encontrar ninguno se agachó para

rodearle el tobillo con una mano y tirar del pie hasta liberarlo. Ella dejó escapar un grito de miedo y asombro.

—Apártese de mí —le ordenó—. Se lo advierto. Quíteme las manos de encima o...

—Enseguida —la interrumpió él.

El otro zapato se negaba a ceder, y casi habían llegado al final del pasillo. La mujer corría el riesgo de sufrir graves heridas si no conseguía sacar el tacón de la ranura. Bo dio un fuerte tirón y consiguió liberar el zapato. Se oyó el inconfundible crujido de una tela rasgada y la mujer cayó hacia atrás. Bo consiguió sujetarla antes de que impactara contra el suelo y la levantó en sus brazos al tiempo que salvaba el final del pasillo móvil. Entonces la dejó en suelo firme y se apartó, levantando las manos para dejar claro que no pretendía hacerle daño.

Sería un iluso si esperase gratitud de la iracunda pelirroja. Debería haberla dejado caer sobre su apetitoso trasero o que la cinta móvil la hubiera engullido como a un dibujo animado. Pero a pesar de su hostilidad, sus rasgos lo seguían fascinando con una perfección que parecía esculpida en mármol. Se preguntó de qué color serían los ojos que ocultaban aquellas gafas oscuras.

Vio que se le había caído el bolso al suelo y se agachó para recogerlo en un gesto de cortesía.

—Tenga, señorita —le tendió el bolso con una floritura—. Bonito bolso. De Judith Leiber, ¿verdad?

El comentario pareció desconcertarla. Las mujeres siempre se sorprendían con el conocimiento que Bo demostraba tener de modistas y diseñadoras. Algunas incluso suponían que era homosexual. Nada más lejos de la realidad. A Bo le encantaban las mujeres y le gustaba conocer sus gustos y aficiones como si estuviera llevando a cabo un estudio antropológico.

La pelirroja le arrebató el bolso.

—¿Puedo invitarla a una copa? —le preguntó él, señalando con la cabeza un bar cercano. Estaba abierto y muy concurrido a pesar de la hora.

Ella lo miró como si estuviera escupiendo sapos por la boca.

—Pues claro que no.

—Sólo preguntaba —dijo él sin perder la sonrisa. A veces a las mujeres como ella les gustaba ponerlo difícil—. ¿Una noche movida?

Un atisbo de sonrisa asomó casi imperceptiblemente a su hermosa boca.

—Lo siento. Creo que me confunde con otra persona —hablaba con una dicción clara y limpia que a Bo le resultó tremendamente sensual—. Alguien que tenga interés en hablar con usted —se dio la vuelta y se alejó, mostrando una pierna larga y torneada por el corte del vestido.

—No hay de qué —murmuró él, sin apartar la vista de su ondulante trasero.

Strike uno, pensó. Tal vez fuera mejor así. No estaba allí para ligar con despampanantes desconocidas, sino para enfrentarse a la temida realidad.

Se paseó de un lado para otro, observando la puerta como un gladiador en la arena que esperase el ataque de leones hambrientos. La gruesa puerta de color gris seguía cerrada a cal y canto, y ya había acabado con la paciencia de la azafata del mostrador al preguntarle en cuatro ocasiones cuándo llegaba el maldito vuelo.

Miró la hora en su reloj. Aún quedaban veinte minutos. El bar estaba atestado de gente que bebía café o Bloody Marys mientras hablaba por sus móviles, consultaba su correo electrónico o leía el periódico. ¿Por qué ya nadie podía limitarse a beber sin más? ¿Todo el mundo tenía que estar permanentemente ocupado con una cosa u otra, incluso cuando se disfrutaba de una cerveza?

A Bo se le hizo la boca agua al pensar en una fría y deliciosa cerveza de barril. Aún tenía tiempo. Podía tomarse una y estar de vuelta en cuestión de minutos.

Miró una fila de personas que estaban embarcando en un vuelo a Fort Lauderdale y sintió una punzada de envidia. Fort Lauderdale sería un buen destino en esos momentos, pensó mientras se dirigía lentamente hacia el bar. Quince minutos eran más que suficientes para tomarse una cerveza que acabara de despejarlo. Se apostaría en la barra, frente a la caja registradora. Allí se recibía el mejor servicio, tal y como había aprendido en sus muchos años trabajando como camarero. Cada vez que el barman se acercaba a la caja, veía el rostro del cliente en el espejo y éste tenía garantizado un servicio más rápido y eficaz. De modo que se posicionaría en la barra y...

—¡Taylor Jane Purvis, vuelve aquí! —gritó una voz furiosa.

Un proyectil pasó a toda velocidad junto a Bo en dirección al pasillo móvil que casi se había tragado a la pelirroja. Era una niña pequeña con una mata de rizos rubios que había dejado atrás a su madre, cargada con nueve bultos de equipaje. La pequeña saltó al pasillo y siguió corriendo, imprimiendo una velocidad adicional a su carrera y aumentando considerablemente la distancia con su madre.

Bo dudó un momento. Aquella mañana ya lo habían acusado de ser un pervertido en aquel mismo pasillo, pero la niña se estaba alejando de la madre y podía caerse o extraviarse. Decidido, se lanzó en su persecución junto al suelo deslizante y la alcanzó en unas pocas zancadas. La agarró sobre el pasamanos y la levantó como si fuera un premio de feria entre el flujo de viajeros. Los pies de la sorprendida niña siguieron pataleando en el aire.

—¿Eres Taylor Jane? —le preguntó Bo, sosteniéndola a la altura de sus ojos.

La pequeña asintió, muda de asombro.

—Tu madre te está buscando.

La niña pareció recuperarse de su sorpresa inicial. Dejó escapar un grito y le dio un puntapié en una zona especialmente vulnerable de su cuerpo.

Bo le enseñó a la niña una nueva palabra, la soltó en el suelo y retrocedió con las palmas en alto, mirándola como si fuera un cartucho de dinamita.

La madre apareció junto a ellos y la agarró de la mano.

—¡Taylor Jane! —exclamó, y se volvió hacia Bo con los ojos llenos de pánico—. Apártese de mi hija o llamaré a seguridad.

—Lo que usted diga —no se molestó en explicar que únicamente había pretendido ayudar. Sólo quería alejarse lo más posible de Taylor Jane. Nunca se le habían dado bien los niños...

Strike dos. El incidente terminó costándole la cerveza. Los pasajeros de un nuevo vuelo habían desembarcado y los sedientos clientes ocupaban hasta el último palmo de la barra.

Bo regresó a la puerta 22-C justo cuando la azafata abría la puerta de seguridad. Los mozos se alineaban con sus sillas de ruedas y carritos eléctricos. Bo sintió como sus músculos se tensionaban y todos sus sentidos se agudizaron al máximo para captar hasta el más mínimo detalle. Un hombre pasó a su lado con la funda de una guitarra a la espalda. Los tacones de una mujer resonaban en el suelo. El abrigo de un ejecutivo olía a marihuana. Dos mozos de equipajes hablaban en español. El entorno lo bombardeaba con toda clase de percepciones, y una descarga de adrenalina le lanzó la última advertencia.

La huida. Aún había tiempo para escapar y desaparecer. No sería la primera vez que hiciera algo semejante...

Observó las puertas con los destinos iluminados. Raleig, Nashville, Oklahoma, última llamada a los pasajeros con destino a Nueva Orleans... Podía comprar un billete allí mismo y embarcar. Ahora. Sin pensarlo dos veces. Nadie podría culparlo por ello. Cualquier hombre en su sano juicio dejaría que fueran otros más preparados los que se enfrentaran a la situación.

Se acercó al mostrador del vuelo para Nueva Orleans.

—¿Puedo ayudarlo? —le preguntó el auxiliar, un hombre corpulento con el pelo de punta, levantando la mirada del monitor.

Bo carraspeó torpemente.

—¿Quedan plazas libres en este vuelo?

El auxiliar asintió.

—En Nueva Orleans siempre hay sitio para todos.

Bo se sacó la cartera del bolsillo trasero, y al abrirla se cayeron una vieja factura y una moneda. Se agachó y recogió la moneda. Era muy antigua, con un triángulo en relieve. Una de esos objetos simbólicos que se recibían al jurar que se había permanecido sobrio todo un año. De ninguna manera podía habérsela ganado Bo. ¿Quién querría pasarse un año entero sin beber? Él no, desde luego. Ya era bastante duro sobrevivir a una temporada de béisbol. Si conservaba aquella moneda era porque procedía de un tiempo, un lugar y una persona a la que Bo no conocía, pero a quien estaba íntimamente vinculado.

—¿Señor? —lo llamó el auxiliar—. ¿Necesita algo?

Bo examinó la moneda en su mano. Servicio, unidad, recuperación.

—No, nada —respondió en voz baja. Cerró el puño alrededor de la moneda y volvió a la puerta 22-C. Un mozo esperaba con una radio encendida, sintonizando la emisora entre crujidos e interferencias.

En su cabeza, Bo oyó el lejano rugido de una multi-

tud, como los ecos del océano en una caracola. La voz del locutor atronaba por los altavoces del estadio.

«Damas y caballeros, esta noche no cabe ni un alfiler en el Yankee Stadium. Y aquí tenemos a nuestro primer lanzador, dispuesto a conseguir el mayor triunfo de su carrera. En momentos como éste no hay un lugar más solitario en la tierra que el montículo. Ahí lo tenemos, cara a cara con Tony Valducci. Se prepara para lanzar... Bola rápida. Demasiado alta. Un lanzamiento arriesgado, pero hay demasiado en juego, señoras y señores. Un auténtico americano de Texas, Crutcher parecía destinado a ingresar en la liga de béisbol profesional recién salido del instituto, pero la fortuna no estuvo de su lado. Hicieron falta otros trece años y un golpe de suerte, pero aquí está, demostrando que la edad no es un problema y que el trabajo y la perseverancia tienen su justa recompensa. Por fin ha llegado el momento de Bo Crutcher».

Bo a punto estuvo de chocar con el mozo. Se sacudió la fantasía y se concentró en la puerta. Los pasajeros procedentes de Houston salían en un flujo constante. Hombres de negocios pegados a sus móviles, parejas y viajeros solitarios que se dirigían a la recogida de equipajes, padres de aspecto cansado con sus hijos despeinados y enfurruñados. El avión parecía no vaciarse nunca.

Bo empezó a tener dudas. ¿Habría anotado correctamente el número de vuelo? ¿Se habría confundido de hora, de compañía aérea y de día? ¿Estaría cometiendo un error imperdonable?

Se disponía a abordar de nuevo a la azafata de la puerta cuando una pareja de ancianos salió de la rampa. Los mozos los acomodaron en un carrito eléctrico. Finalmente, una auxiliar de vuelo con el pelo ralo y los ojos enrojecidos desembarcó del avión con alguien tras ella. Fue hacia el mostrador y le entregó un portafolios

a la otra azafata. El último pasajero salió a la terminal, con una maleta abollada y recubierta con cinta adhesiva y una mochila que emitía ruidos metálicos. Llevaba una gorra de béisbol de los Yankees, regalo de Navidad de Bo, y una bolsa colgada al cuello con una tarjeta donde se leía: *Menor sin acompañante*.

Strike tres. Eliminado.

Bo dio un paso al frente y adoptó su mejor postura.

—¿AJ? —le preguntó al chico al que nunca antes había visto—. Soy yo, Bo Crutcher. Tu padre.

3

Kim cojeaba por el aeropuerto en busca de la terminal de vuelos regionales. El vestido se agitaba alrededor de sus piernas desnudas y el desgarrón llegaba a escasos centímetros de su ropa interior. Confiaba en poder tomar un vuelo regional al norte del estado y de esa manera evitar el fatigoso trayecto hasta la ciudad y un largo e incómodo viaje en tren, y al menos en eso le sonrió la suerte. La compañía Pegasus Air tenía una plaza libre en el próximo vuelo con destino a Kingston, que saldría dentro de una hora. Kim garabateó su firma en el recibo, sin atreverse a mirar la cantidad desembolsada con su tarjeta de crédito, y se dirigió hacia la zona de espera. Pocos minutos después se anunció el embarque y los pasajeros se pusieron en fila para subir al avión.

El acceso al aparato se realizaba a través de un largo corredor al aire libre, pobremente protegido por un toldo que el viento glacial azotaba sin tregua. Kim estaba tan cansada que ya ni siquiera era consciente de las miradas que provocaba su vestido, pero sí del frío

que castigaba sus piernas y de los pequeños remolinos de nieve que la perseguían por la escalera hasta el interior del Bombardier bimotor.

Se quedó dormida nada más ocupar su asiento, y se despertó con un sobresalto cuando el avión tomó tierra en las colinas nevadas del condado de Ulster. Miró por la ventanilla al paisaje triste, gris e invernal y sintió una nueva oleada de dudas. Abandonar una exitosa carrera, un novio y todas sus pertenencias en Los Ángeles para volar al otro extremo del país y refugiarse en el pequeño pueblo donde vivía su madre viuda tal vez fuese una medida un poco drástica. Pero a veces había que obedecer al instinto, y la noche anterior su instinto la acuciaba a escapar. Con frecuencia sus impulsos le habían hecho tomar decisiones precipitadas que acababan siendo equivocadas, pero en aquella ocasión era diferente. Porque bajo el miedo, la humillación y la decepción sufridas, latía una férrea determinación para superarlo todo.

Irguió los hombros y soportó estoicamente el paseo glacial hasta la sala de espera del minúsculo aeropuerto. A Kim se le daba muy bien aparentar calma y serenidad, y nadie podía sospechar que estaba al borde de un ataque de nervios.

La sala de espera era un edificio de aluminio, oscuro y cavernoso, que se convertía en un túnel de viento cada vez que se abría la puerta. Kim dejó el bolso en un mostrador libre. Era un regalo de navidad de Lloyd y había costado varios miles de dólares. Pero su diminuto interior sólo contenía los pendientes de diamante, muy pesados y poco prácticos, que le regaló el jugador de jockey con el que estuvo saliendo antes que con Lloyd, una barra de labios, un tubo de maquillaje, la tarjeta platino de American Express, el permiso de conducir y un fajo de billetes que había sacado de un cajero automático. Otro cuantioso cargo a la tarjeta de

crédito, pero en esos momentos tenía otras preocupaciones más acuciantes que el dinero. Sacó el teléfono móvil para encenderlo. El móvil conectado le recordaría la noche anterior, pero ignorarlo tampoco era la solución. Apretó la mandíbula y pulsó el botón. Tal y como esperaba, había un sinfín de llamadas perdidas, pero no se molestó en escuchar el buzón de voz. No le apetecía escuchar las imprecaciones de Lloyd, del manager de Lloyd, de los entrenadores de Lloyd y de los padres de Lloyd. A sus treinta años aún seguía necesitando el consejo de sus padres para todo.

No, no echaría de menos aquel rasgo inmaduro de Lloyd. Ni ningún otro rasgo, como tampoco echaría de menos su dinero, su aspecto o su fama. El corazón y la dignidad de Kim valían mucho más que todo eso.

El móvil emitió un sonido para alertar de la batería baja y la pantalla se apagó. Tanto mejor, pensó Kim. Salvo que ahora necesitaba hacer una importante llamada. Miró alrededor en busca de un teléfono de pago. Lo único que vio fue una cabina al otro lado del aparcamiento. Habría que atravesar cincuenta metros de tundra helada. No, por favor.

—Disculpe —le dijo a la chica del mostrador—. ¿Hay algún teléfono por aquí dentro? Mi móvil se ha quedado sin batería.

—¿Es una llamada local? —le preguntó la chica, examinando el atuendo de Kim.

—Sí.

—Puede llamar desde ahí —dijo la chica, señalando un teléfono en la pared, rodeado por notas adhesivas.

A Kim le temblaban tanto los dedos que a duras penas consiguió marcar el número correcto.

—Fairfield House.

—¿Mamá?

—¡Kimberly! —exclamó su madre—. Buenos días, cariño. ¿Cómo estás?

«No quieras saberlo», pensó Kim.

—Has madrugado mucho —continuó su madre.

—No estoy en Los Ángeles. He venido en un vuelo nocturno.

—¿Estás en Nueva York?

—Estoy en el aeropuerto del condado, mamá.

Hubo un silencio vacilante al otro lado de la línea.

—Vaya... No sabía que tenías pensado irte de Los Ángeles.

—¿Puedes venir a recogerme? —horrorizada, sintió un escozor en la garganta y en los ojos. Debía de ser la fatiga, se dijo a sí misma. Estaba muy cansada después de un viaje tan largo.

—Estaba recogiendo las cosas del desayuno.

Al infierno con el desayuno. Kim tuvo que morderse el labio para no gritar.

—Mamá, por favor. Estoy muerta de cansancio.

—Claro. Estaré ahí en un pispás.

Kim se preguntó cuánto tiempo sería un «pispás». Su madre siempre estaba diciendo cosas como «pispás», algo que sacaba de sus casillas al anticuado padre de Kim.

—Espera, ¿puedes traerme un abrigo y botas de nieve? —se apresuró a preguntarle, pero era demasiado tarde. Su madre ya había colgado.

No le costó imaginarse cuál habría sido la reacción de su padre al ver su atuendo. En el mejor de los casos le habría lanzado una mirada incrédula y le habría manifestado su desaprobación.

«Ojalá hubiéramos tenido tiempo para perdonarnos mutuamente, papá».

Apartó esos pensamientos de su cabeza. Algún día haría las paces con su pasado, pero no aquella mañana. Lo más importante ahora era no convertirse en un polo

con lentejuelas. Se sentó en un banco de la terminal y empezó a dar cabezadas como un borracho. Se despertó de golpe y miró el reloj. Su madre aún tardaría otros diez minutos en llegar. Diez minutos más. ¿Cuántas cosas podrían ocurrir en diez minutos? Era el tiempo que se tardaba en enviar unas flores. O escribir un e-mail. O romper con un novio. O dejar un trabajo. Aquellos diez minutos, en aquel lugar, en aquel momento, eran el comienzo de la eternidad.

Se incorporó bruscamente en el banco. En aquel instante podía elegir una nueva dirección en su vida. Podía dejar definitivamente atrás el pasado y seguir adelante. Todo el mundo lo hacía. ¿Por qué no ella?

Su madre había empezado una nueva vida en Avalon. Al quedarse viuda, Penelope Fairfield van Dorn se había mudado al pequeño pueblo de las montañas para vivir en la casa donde había crecido. Kim sólo había visitado la casa en una ocasión, dos veranos atrás. Penelope siempre prefería encontrarse con su hija en la ciudad, almorzar juntas y pasear por las calles de Upper East Side. Estaba convencida de que el pueblo de Avalon le resultaría demasiado aburrido a Kim.

Penelope estaba fascinada por el trabajo de su hija, así como por sus amistades y su estilo de vida. Unas semanas antes, en Navidad, se habían reunido con la familia de Lloyd en Palm Springs. Penelope y Lloyd se habían profesado una adoración mutua, o al menos eso le había parecido a Kim. Después de lo sucedido la noche anterior ya no estaba segura de conocer a Lloyd Johnson. Lo único que sí sabía con total seguridad era que no quería volver a verlo. Nunca más.

La sala de espera se había quedado en silencio y casi desierta. La chica del mostrador y otro par de empleadas tomaban café y cuchicheaban entre ellas, mirando de reojo a Kim de vez en cuando. En un día normal de trabajo, Kim también estaría tomando café y

cotilleando. En su profesión el cotilleo era mucho más que una simple manera de llenar el silencio. A veces podía ser un enemigo mortal, pero otras podía ser el método más efectivo para llamar la atención de un cliente. Kim lo había utilizado como una herramienta muy poderosa, y se preguntó qué rumores estarían circulando sobre ella en Los Ángeles. La gente de su empresa no tenía ni idea de lo que había pasado tras la escandalosa ruptura en público. No sabían que Lloyd la había seguido hasta el aparcamiento del hotel y...

La inquietud la hizo ponerse en pie. Tenía los dedos entumecidos, por lo que apenas le molestaban los zapatos. Fue al aseo de señoras y se quitó las gafas oscuras. Siempre las llevaba consigo bajo el sol de California, pero aquélla era la primera vez que las usaba para ese propósito.

Sacó el corrector del bolso y se retocó el maquillaje. Era un cosmético usado por los maquilladores profesionales para cubrir los defectos más llamativos, y Kim era muy hábil disimulando las imperfecciones faciales. Satisfecha con su aspecto, volvió a la sala de espera y se quedó junto a la ventana. Deseaba que su madre llegase cuanto antes, pero al mismo tiempo la preocupaba el estado de las carreteras. Los inviernos del norte del Estado de Nueva York no eran para tomárselos a la ligera. Los todoterrenos más resistentes patinaban continuamente en la carretera. ¿Qué clase de vehículo conduciría su madre con aquel tiempo? ¿Un hibrido? ¿Un escarabajo Volkswagen? ¿Un Volvo? ¿Un modesto Chevrolet o un Cadillac como el que se acercaba por el aparcamiento? Kim no tenía ni idea, y la incomodaba reconocer lo poco que sabía de la nueva vida de su madre. Desde la muerte de su padre, su madre había experimentado un cambio radical. Al principio se había quedado destrozada por la pérdida, y las marcas del dolor y sufrimiento habían hecho estragos en su bondadoso rostro. Pero era

cierto que el tiempo lo curaba todo, y con el paso de las semanas y los meses su madre fue mejorando paulatinamente. Seguía afirmando que añoraba a su marido, pero una sonrisa volvía a acompañar sus palabras. ¿Cómo era posible?, se preguntaba Kim. ¿Cómo se podía superar la pérdida de alguien a quien se había amado durante más de treinta años?

Daría lo que fuera por saberlo, porque a ella le estaba costando más trabajo de la cuenta olvidar a Lloyd. Y eso que sólo habían estado dos años juntos.

Un PT Cruiser blanco y amarillo entró en el aparcamiento y se detuvo junto al bordillo. Kim se acercó al cristal de la ventana, pero ya sabía quién estaba al volante. En el costado del vehículo había una pegatina donde podía leerse: *Fairfield House. Su otro hogar*. Kim estaba demasiado cansada para asimilar su significado y apenas tuvo fuerzas para salir al exterior y dejar que su madre la rodeara con sus brazos. Granos de hielo salado se le metieron en los zapatos. Puso una mueca de dolor y se le escapó un sollozo de la garganta.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó su madre, apartándose para mirarla.

Kimberly estaba al límite de sus fuerzas, balanceándose sobre sus temblorosas rodillas en la crujiente acera cubierta de sal. Pero no podía derrumbarse delante de su madre, quien la observaba con expresión preocupada en su amable y desconcertado rostro.

—Ha sido una noche muy larga. Siento no haberte llamado antes de venir. No... no tenía planeado hacer este viaje.

—Bueno. Ha sido una sorpresa maravillosa —dijo su madre, intentando mostrar más entusiasmo que preocupación—. Mírate... Vas a pillar una pulmonía con esta ropa. ¿Dónde está tu equipaje? ¿La compañía aérea ha perdido tus maletas?

—Vamos a casa, mamá —el cansancio la abrumaba como una ola implacable de la que no podía escapar—. Me estoy congelando.

—Vamos —dijo su madre, y en pocos segundos las dos estaban en el interior del coche.

Los neumáticos patinaron ligeramente al ponerse en marcha, recordándole a Kim que su madre no era la mejor conductora del mundo. Cuando su padre vivía y residían en Nueva York, Penelope rara vez conducía y jamás lo hacía con nieve. Pero ahora que vivía al norte del Estado estaba aprendiendo a vivir sin un marido a su lado, y eso incluía conducir por sí misma. La adaptación de Penelope a su nueva vida demostraba que tenía una fuerza interior de la que Kim jamás había tenido constancia. Inclinada sobre el volante, sacó el coche del aeropuerto y se dirigió hacia el noroeste para internarse en las Catskills.

—He dejado a Lloyd —dijo Kim en voz baja y tranquila—. Y también mi trabajo. Estoy... Ten cuidado, mamá —una camioneta se acercaba en sentido opuesto, ocupando casi toda la calzada.

—Sí, por supuesto —giró bruscamente hacia la derecha y las ruedas de la camioneta despidieron la nieve sucia y derretida contra la luna delantera, pero Penelope permaneció imperturbable y se limitó a conectar los limpiaparabrisas—. ¿Que has dejado a Lloyd, dices? No lo entiendo, cariño. No sabía que tuvieras problemas.

Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, Kim se dio cuenta de que la historia era demasiado larga y que su cerebro estaba demasiado agotado para explicarlo todo, de modo que optó por la versión resumida.

—Anoche discutimos en una fiesta —dijo—. Fue una desgracia por partida doble. Me abandonó y me despidió. La cosa se puso bastante... fea, así que me fui

directamente al aeropuerto con lo puesto y con este bolso —se tocó las gafas de sol, pero decidió dejárselas puestas.

—Es un bolso muy bonito —comentó su madre.

Kim recordó al tipo del aeropuerto que se lo había recogido del suelo. ¿Cómo había sabido que era un Judith Leiber? ¿Sería gay? No lo parecía, desde luego.

—Lloyd me lo regaló por Navidad.

—Podrías venderlo por eBay —sugirió su madre, encendiendo la calefacción.

—Siento no haberte llamado antes —se disculpó Kim, deleitándose con el aire caliente—. No sabía muy bien lo que hacía.

—¿Y ahora ya lo sabes? —le pregunto su madre amablemente—. ¿Tienes dudas?

—No. Aún no. Por eso estoy aquí.

—¿Para siempre?

—De momento —estaba en un estado de shock. Había sufrido un trauma y una desagradable escena en público. Las imágenes de su ruptura podrían estar circulando ya por internet.

La gente se recuperaba de ese tipo de traumas. Eran cosas que pasaban y Kim había vivido en Los Ángeles el tiempo suficiente para saber que su caso no era único ni especial. Sabía que acabaría superándolo. Pero en esos momentos no podía imaginarse cómo.

—La empresa me habrá despedido el lunes por la mañana —murmuró.

—Tonterías. Eres la mejor publicista de la Costa Oeste, y tu empresa lo sabe.

—Mamá. Se trata de Lloyd Johnson, de los Ángeles Lakers. Es el cliente más importante que ha tenido nunca Will Ketcham Group. Puede pedir lo que quiera y será complacido al instante. Despedirme a mí será tan fácil como cambiar una máquina de refrescos averiada.

—¿Y no podrían mantenerte en nómina aunque no trabajaras para Lloyd?

—Imposible. Si un cliente tan importante quiere que me echen a la calle, así se hará. Soy buena en mi trabajo, pero no irreemplazable. Al menos, no para ellos —«ni para Lloyd».

—Pues en ese caso, ellos se lo pierden. Se han quedado sin una publicista de enorme talento.

Kim intentó sonreír.

—Gracias, mamá. Ojalá todo el mundo pensara como tú.

—¿Y tus cosas? —le preguntó su madre.

—Lo tengo todo almacenado, ¿no te acuerdas? —había dejado su apartamento justo antes de Navidad—. Lloyd y yo estábamos viviendo en Heritage Arms mientras buscábamos casa para él. La idea era irnos a vivir juntos. Creía que todo sería maravilloso... ¿Soy una estúpida sin remedio?

—No. Sólo una romántica incurable.

¿Lo sería? Kim siempre se había visto como una sensata y realista mujer de negocios, pero había algo de verdad en las palabras de su madre. Porque bajo su fachada fuerte y profesional latía un corazón que creía ciegamente en el amor eterno.

—Mamá... he acabado con los deportistas. No quiero volver a saber de ellos.

—Cariño, nunca acabarás con los deportistas. Son tu pasión.

—¡Ja! Puede que no sean todos iguales, pero hace mucho que no conozco a ninguno que no sea un cretino. Cuando empecé a trabajar para ellos todo era muy distinto. Me encantaba ayudar a unos chicos que estaban empezando en su carrera. Pero desde hace tiempo lo único que hago es inventar mentiras y justificar los excesos de unos clientes que no saben comportarse, convenciendo a la prensa y a los aficionados que una

estrella del deporte puede hacer lo que le dé la gana. No me hice representante para esto. Y ya no aguanto más.

—Qué inoportuno...

—¿Qué quieres decir?

Su madre no respondió y entró en la calle donde vivía. King Street era un elegante bulevar dividido por hileras de arces y castaños, donde a lo largo de los últimos cien años habían levantado sus mansiones los banqueros y magnates. Cada casa era una obra de arte de una época dorada, todas ellas rodeadas de muros de piedra o vallas de hierro forjado. Actualmente algunas habían sido compradas por personas obsesionadas con conservarlas. Otras estaban en un estado lamentable, y algunas, como Fairfield House, habían pertenecido a la misma familia durante generaciones.

Penelope condujo por una larga calle bordeada por vallas y metió el coche en el camino de entrada, patinando ligeramente al tomar la curva.

Kim contempló boquiabierta la casa, uno de los edificios históricos más grandes y famosos del pueblo. No era la casa solariega al final de la calle que ella recordaba de su infancia.

—¿Mamá?

—He hecho algunos cambios. ¿Verdad que está preciosa? Terminamos de pintarla al final del verano. Quería mandarte unas fotos por e-mail, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Qué te parece?

Kim no tenía palabras. La estructura seguía siendo la misma y también los vastos jardines, aunque estaban cubiertos de nieve y algunos setos habían sido recortados en forma de figuras ornamentales. Pero la casa blanca y negra donde habían vivido sus abuelos había sido pintada con una paleta de colores que sólo podrían encontrarse en una casa de Barbie o en un frasco de Pepto-Bismol. Sus torrecillas y gabletes se

elevaban como una deslumbrante tarta nupcial sobre una superficie de nata montada. La cochera y el cenador del jardín también lucían diversas tonalidades de lavanda y fucsia, contrastando fuertemente con el fondo nevado.

Kim parpadeó unas cuantas veces, pero la imagen no desapareció. Tal vez sólo fuese una primera mano de pintura. A veces la imprimación dejaba un color muy extraño.

—Perdóname, mamá, pero… ¿has dicho que habéis... acabado de pintar?

—Sí. Por fin. Los Hornets se pasaron todo el verano pintando —dijo su madre mientras aparcaba bajo el elaborado *porte cochère* que se arqueaba sobre el camino de entrada. El techo abovedado de color azul cielo y verde lima contrarrestaba el efecto del remate coralino.

—¿Los Hornets pintaron la casa? —preguntó Kim, sin salir de su asombro.

—Pues claro. Los jugadores necesitaban un trabajo. Y lo han hecho muy bien.

Los Hornets eran el equipo de béisbol de Avalon. Todo el pueblo se había volcado con el club, cuya llegada había transformado la tranquila comunidad a orillas del lago en una sede de la liga profesional. Al contar con un presupuesto muy limitado, las familias del pueblo ofrecían trabajo, alojamiento y comida a los jugadores, y a veces incluso apoyo moral.

—¿No hay ninguna ordenanza municipal que prohíba los colores chillones? —preguntó Kim.

—No, que yo sepa —respondió su madre—. Al menos nadie me ha dicho nada.

Kim entró en la casa y comprobó que el caleidoscopio de colores no se limitaba al exterior. Las paredes del pasillo y de la escalera también ofrecían una vertiginosa gama cromática.

—Es excesivo, ¿verdad? —le preguntó su madre mientras colgaba el abrigo.

—Un poco.

—Si te soy sincera, fue una cuestión de ahorro. Son colores descatalogados, así que la pintura no me costó casi nada. Usé un poco de esto, un poco de aquello, y animé a los pintores a ser creativos.

Seguramente había combinaciones peores de las que habían creado los jugadores de béisbol, pero en aquel momento a Kim no se le ocurría ninguna.

—Bueno, y dime, ¿estás segura de que has acabado con Lloyd?

—Completamente. Hemos acabado para siempre —el recuerdo de la noche anterior la golpeó con una fuerza aturdidora y sintió que empezaba a temblar. Su trabajo consistía en ganar la aceptación del público para sus clientes, y a veces lo hacía tan bien que resultaba imposible separar al hombre real del individuo creado para las cámaras. Tal vez por ello no se había esperado lo de Lloyd. Había empezado a creerse el mito que ella misma había creado.

—Te has puesto pálida —dijo su madre, tomándola del brazo y haciéndola sentarse en el banco del vestíbulo—. ¿Necesitas algo?

Kim oyó a su madre como si le estuviera gritando desde el extremo de un tubo, y se recordó a sí misma que el horrible incidente había pasado. En incontables ocasiones les había dicho a sus clientes lesionados que no pensaran en el dolor y se concentraran en la recuperación. Era el momento de poner en práctica sus propios consejos.

—Estoy bien —le dijo a su madre en voz baja, pero firme. Se quitó las gafas oscuras y usó una punta del chal para limpiarse el maquillaje.

La expresión de su madre pasó del horror a la furia. Penelope van Dorn no era una mujer que se enfa-

dara con facilidad, pero cuando lo hacía podía ser temible.

—Santo Dios... ¿Cuánto tiempo llevas soportando esto?

Kim agachó la cabeza.

—Mamá, soy idiota, pero no tanto. Nunca imaginé que Lloyd fuera capaz de llegar a las manos. Anoche empezamos a discutir por una estupidez y acabamos perdiendo los papeles —tragó saliva al recordar las miradas de los asistentes, su huida de la fiesta, a Lloyd siguiéndola hasta el aparcamiento. Su puño había aparecido de repente, como un arma cargada de locura dirigida a su rostro.

Al menos Kim aprendía rápido de sus errores, y había desaparecido antes de que Lloyd tuviera tiempo para pensar en lo que había hecho.

—Kimberly... —su madre tenía los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento mucho.

—Ya lo sé, mamá. No te preocupes. Ya no puede hacerme daño —dijo Kim con firmeza.

—Tienes que denunciarlo.

—Pensé en hacerlo, pero no serviría de nada. Lloyd es un personaje muy popular y nadie lo condenaría por haber discutido con su novia.

—Pero...

—Por favor, mamá. No quiero que te compadezcas de mí ni que llames a la policía. Lo único que quiero es fingir que Lloyd Johnson nunca ha existido. Y por eso estoy aquí. Para empezar de nuevo.

Los brazos de su madre la rodearon con fuerza y Kim se vio envuelta por el dulce olor maternal que tanto había echado de menos. Cerró los ojos y se abandonó a la seguridad que le inspiraba, pero al mismo tiempo sintió como el calor de su madre traspasaba sus defensas y desataba los sollozos reprimidos.

Se sentaron juntas y su madre le estuvo acariciando

el pelo y arrullándola hasta que Kim expulsó todas sus lágrimas. Entonces aceptó el paquete de Kleenex que le ofrecía su madre y se secó los ojos.

—Estaré bien. He sufrido heridas peores haciendo deporte.

—No hay peor herida que la provocada por la persona amada —murmuró su madre con una convicción que inquietó a Kim.

—¿Mamá?

—Vamos a instalarte —decidió Penelope, repentinamente animada.

Kim siguió a su madre por el salón delantero, pintado de verde manzana, al vestíbulo principal, pintado de color calabaza.

—Te alojarás en la misma habitación que usabas cuando visitabas a tus abuelos de niña. La he conservado igual que estaba. Incluso tienes algo de ropa en el armario que te sentará bien. No parece que hayas cambiado nada desde el instituto.

Kim no se había atrevido a engordar ni un gramo al vivir en Los Ángeles. Pero a pesar de su talla seis se había sentido como una vaca al compararse con la mayoría de mujeres californianas.

El pasillo del segundo piso hacía una T en el centro. A la derecha quedaban los dominios de Kimberly, quien, al ser nieta única, había disfrutado de todo el ala para ella sola.

—¿Por qué pones esa cara? —le preguntó su madre.

—¿Qué cara?

—La cara de la derrota.

—Bueno, mírame... Se suponía que estaba viviendo una vida fabulosa, y sin embargo aquí estoy, de vuelta en casa de mi madre —se calló un momento—. Suponiendo que a ti te parezca bien.

—¿Que si me parece bien? Esto va a ser lo que am-

bas necesitamos. El círculo se ha cerrado y todo será maravilloso, ya lo verás.

Kim quería saber qué iba a ser maravilloso, pero no se atrevió a preguntar.

—Te prepararé un baño —decidió su madre, entrando en el cuarto de baño del dormitorio—. Es justo lo que necesitas.

Kim dejó el bolso en el suelo, se quitó el chal de seda y, por fin, pudo quitarse los zapatos. Pasó unos cuantos minutos recorriendo la habitación y reencontrándose con los objetos del pasado, como la colección de recuerdos del campamento Kioga, donde había veraneado de niña y donde había trabajado como monitora. Sus lazos con aquel lugar eran muy tenues, pero los recuerdos eran imborrables. Los veranos en el campamento a orillas del lago Willow habían sido una mágica sucesión de días dorados, muy lejos de la vida que llevaba en Nueva York el resto del año. Año tras año, aquellas diez semanas veraniegas habían modelado su personalidad como nunca lograron hacer los costosos colegios e institutos privados de Manhattan.

Conservaba el remo pintado donde todas las chicas de la cabaña habían escrito sus nombres, los trofeos que había ganado en numerosos deportes, la sudadera gris con capucha y con el emblema del campamento... Se puso la holgada prenda y evocó los recuerdos secretos de aquel verano con diecisiete años. El verano que, sin que ella lo supiera, iba a marcar el rumbo de su vida.

La ventana ofrecía una espectacular vista de las montañas más allá del pueblo. De niña solía acurrucarse en el alféizar a contemplar el exterior e imaginarse que su futuro la aguardaba en algún lugar lejano del horizonte. Y así era. Como su madre había dicho, se había cerrado el círculo.

El carísimo vestido de seda y lentejuelas cayó al